

JESÚS, HOMBRE DE SU TIEMPO Y DE SU ESPACIO, NOS MUESTRA NUESTRA PLENA HUMANIDAD

por Sr. M. Patrizia Nocitra osc

6. LÁGRIMAS

El Evangelio de Lucas está marcado por el viaje de Jesús a la Ciudad Santa, donde se cumplirá su "éxodo" (ver Lc 9, 31). Desde el principio, la subida hacia Jerusalén está marcada por una especie de endurecimiento del rostro (Lc 9, 51), que indica la determinación lúcida y sufrida del Maestro que sabe a dónde se está dirigiendo. El rostro endurecido de Jesús, sin embargo, al ver la ciudad de Jerusalén se deshace en lágrimas. Una emoción incontrolable que explica la profundidad de los sentimientos humanos de Jesús y también sugiere otra imagen de Dios en comparación con lo que estamos acostumbrados a interiorizar. En primer lugar, el llanto evoca el mundo de las emociones y de los sentimientos de Jesús. El llanto de Jesús revela el misterio más grande de Dios: su pasión por nosotros. Lo que Dios le había dicho a Jeremías, ahora se cumple en Jesús: *"Tú les dirás esta palabra: Que mis ojos se deshagan en lágrimas, día y noche, sin cesar, porque la virgen hija de mi pueblo ha sufrido un gran quebranto, una llaga incurable"*. (Jer 14, 17). Jesús llora sobre Jerusalén. La sentencia caerá sobre ella. Jesús no puede impedirlo. Sus lágrimas muestran su impotencia. Su impotente grito esconde un profundo misterio: Dios esconde su poder en el amor de Jesús que salva y en su debilidad. Él respeta tanto la libertad del hombre, que prefiere llorar impotente en la persona de Jesús, en lugar de quitarle su libertad al ser humano. El llanto de Jesús es la última invitación a la penitencia para esa ciudad obstinada en su rechazo y en su maldad. El llanto de Jesús expresa su extrema debilidad, que es el poder del amor, que a Él lo llevó a la cruz (ver 2 Cor 13, 4) y a nosotros a la salvación.

El llanto de Jesús al ver Jerusalén es una revelación completa de Dios. Es el rasgo definitivo en el rostro del Maestro que revela cómo incluso Dios llora, pero no para sí mismo, como cierta espiritualidad devota y enfermiza nos trataría de hacer creer, sino que Dios llora porque ve la perversión de su gente y por eso llama a la conversión. El llanto de Dios es un signo de su impotencia y al mismo tiempo de su omnipotencia que salva. Jesús, ante la Ciudad, símbolo del pueblo judío, pero también símbolo de la humanidad misma, exclamó: *"¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne bajo sus alas a los pollitos, y tú no quisiste!"* (Lc 13, 34).

Invoquemos al Espíritu Santo

*Dios nuestro, Padre de la luz,
has enviado al mundo
tu Palabra a través
de la ley, de los profetas y de los salmos,
y en los últimos tiempos has querido
que tu mismo Hijo,
Palabra eterna contigo,
nos hiciera conocerte,
a ti, único Dios verdadero:*

*manda ahora el Espíritu Santo
sobre nosotros
para darnos un corazón
capaz de escuchar,
que quite el velo de nuestros ojos y
nos guíe a la verdad completa.
Te lo pedimos
por Cristo nuestro Señor,
bendito por los siglos de los siglos.
Amén.*

[Comunidad de Bose]

1. LECTIO - leer la Palabra / escucharla

Del evangelio según san Lucas

19, 41-44.

41 Cuando estuvo cerca y vio la ciudad, se puso a llorar por ella, 42 diciendo: «¡Si tú también hubieras comprendido en ese día el mensaje de paz! Pero ahora está oculto a tus ojos.

43 Vendrán días desastrosos para ti, en que tus enemigos te cercarán con empalizadas, te sitiarán y te atacarán por todas partes. 44 Te arrasarán junto con tus hijos, que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has sabido reconocer el tiempo en que fuiste visitada por Dios».

- leamos varias veces el texto; lentamente y cada vez haciendo una breve pausa...
- profundicemos la lectura.

Este texto sigue inmediatamente al de la entrada de Jesús en Jerusalén, que es aclamado por la multitud y reprendido por los fariseos (Lc 19, 28-40). Jesús, montando el asno (v. 35), va a Jerusalén y, cuando la multitud lo aclamaba (v. 37), Jesús comenzaba el descenso del Monte de los Olivos, desde donde vemos el panorama de la ciudad, con un primer plano del templo. Este era el recorrido de los peregrinos, ante los cuales se abría el espectáculo de Jerusalén, ciudad a la cual deseaban llegar para "ver a Dios"; la gran aspiración de todo judío religioso: "*Mi alma tiene sed de Dios, del Dios viviente:*

¿Cuándo iré a contemplar el rostro de Dios? Las lágrimas son mi único pan de día y de noche, mientras me preguntan sin cesar: «¿Dónde está tu Dios?»." (Sal 42, 3-4). Es interesante notar que en el Salmo 42 se habla del deseo de Dios a través de las lágrimas, una expresión de la búsqueda de Dios.

Incluso Jesús, pronto, podrá ver a Dios, un peregrino entre peregrinos... ¡Dios se convierte en un peregrino en nuestra Ciudad Santa! Jerusalén, para los sinópticos, es el corazón geográfico/espiritual de la vida de todo judío, que se dirige a Dios tres veces al día orientándose hacia Jerusalén mientras recita la aclamación de la Pascua: "*hoy esclavos en el exilio, el próximo año en Jerusalén*".

En nuestro texto (Lc 19, 41-44) podemos resaltar dos partes: vv. 41-42 y vv. 43-44.

- vv. 41-42. El verbo *acercarse* del v. 41 tiene una función importante porque define la mirada de Jesús, la cual, para Lucas, tiene un valor particular en el texto del Evangelio; *a la vista de la ciudad, Jesús se puso a llorar*. El verbo, que se usa, tiene el significado de un llanto intenso que es un verdadero lamento. Esta mirada de Jesús es, por lo tanto, intensa y llena de dolor: sólo Él puede determinar la situación de la Ciudad sin intervenir. Con esta mirada llena de lágrimas, el Maestro es consciente de haber fallado: Israel, no quiso reconocer la salvación de Dios, como ya lo había hecho con los Profetas y, por esto, sus enemigos se enfurecerán contra su pueblo.

El v. 42 se compone de tres expresiones, la primera de las cuales: *¡Si tú también hubieras comprendido en ese día...* está cargada de emoción y expresa un arrepentimiento... *si hubieras comprendido*, no es un conocimiento intelectual, sino existencial, de vida. La segunda expresión: *en ese día el mensaje de paz*, que se refiere a la venida de Jesús: reconocer *ese día*, que es hoy, significa haber comprendido que ese día es *el que conduce a la paz*. La paz aquí se refiere no solo al silencio de las armas, sino a la relación armoniosa con Dios, a su presencia entre su pueblo. La tercera expresión de este v. 42, *pero ahora está oculto a tus ojos*, concluye con una anotación adicional del tiempo: *ahora*, que habla de la incapacidad de poder leer la llegada de Jesús y de darle la bienvenida. *Ahora* todo está oculto a los ojos de Jerusalén, que no sabe reconocer la manifestación de Dios. No se puede negar la libertad de cerrar los ojos, pero a partir de ese momento todo se oscurecerá; y a pesar de esto, llegará el día en que todo lo oculto será revelado (Lc 12, 2). Sin embargo, antes de esos días futuros, están los días de desgracia inmediatos.

- vv. 43-44. Ante la ceguera y el rechazo de Jerusalén, todo lo que queda es el anuncio de la ruina. En las palabras de Jesús podemos sentir el estilo y el tono de los grandes profetas: Jeremías y Ezequiel, pero con la seriedad y urgencia que proviene de la conciencia de que ésta es la última oportunidad de salvación. El futuro no tolera la vacilación: el futuro es de Dios y es anunciado por el Profeta; Jesús al anunciar los días de desgracia *llora por ella*. La salvación anunciada por Jesús se refiere a la relación del hombre con Dios, pero esto no se realiza en los márgenes de la historia humana, sino que la condiciona profundamente desde adentro. La paz o la guerra, la liberación o la esclavitud son dos alternativas que dan un rostro histórico y visible a la salvación de Dios.

En el v. 43 el evangelista describe el sitio y la caída de Jerusalén, quizás influenciada por los eventos del 70 d.C. por las tropas romanas de Vespasiano-Tito. Los términos utilizados en el texto griego describen el estar rodeado y encerrado por todos lados. Sigue el v. 44 que narra la toma de la Ciudad con dos componentes habituales: el destino de los habitantes y el destino de los edificios. Ambos son de una crueldad inexorable: los habitantes serán asesinados y la ciudad arrasada.

El no reconocer la visita de Dios conducirá a la pérdida del *tiempo favorable*, el momento en que la salvación ha pasado y, como dice San Agustín, *se tendrá que volver a buscarla*. Para Lucas *kairós*, "tiempo", es la preciosa oportunidad que ofrece Dios; lo mismo se refiere al término *episkopé*, "visita": llegada y presencia benévola del enviado por Dios. Ambos términos tienen una especie de resonancia nostálgica: el momento de la *visita* recuerda los relatos de la infancia y el final del *tiempo favorable*, los inicios del ministerio de Jesús en Galilea. Aquí, en este contexto, el momento positivo lamentablemente, tropieza con el rechazo humano.

Jesús no vino a castigar, sino a salvar; para traer la paz, no la guerra. Israel se había apartado de Dios, lo había olvidado y lo había ofendido; Jesús viene a restaurar las buenas relaciones entre ellos. La misma manera de presentarse, simple y humilde, reveló el propósito pacífico de su venida. Jerusalén no ha reconocido el día del perdón y de la gracia, y luego tendrá que conocer el día de la ira y del exterminio de sus habitantes. La gracia, la bondad de Dios, cuando se rechazan, se convierten en ira, en venganza y castigo.

2. MEDITATIO - meditar la Palabra/hacerla resonar

- dejemos que la Palabra resuene dentro de nosotros... los ojos de Jesús, a través de sus lágrimas, ven, por lo tanto, días oscuros, pero también saben cómo ir más allá de las tinieblas y ver los días de la salvación. ¡Que esas lágrimas nos ayuden a regresar al Señor!...

3. ORATIO - rezar la Palabra/repetirla

¡Oh, Señor Jesús, si te dignaras
acercarte a esta tumba mía,
si me lavarás con tus lágrimas,
porque, en mis ojos tan endurecidos, no tengo
tantas lágrimas para poder lavar mis pecados!
Si tú llorarás por mí, estaré a salvo.
Si seré digno de tus lágrimas
borraré el mal olor de todos mis pecados.
Si seré digno de que tú llores aunque sea un poco,
me llamarás desde el sepulcro de este cuerpo
y dirás: "Sal", para que mis pensamientos no queden
prisioneros, en lo estrecho de este cuerpo,

sino que salgan al encuentro de Cristo, sean iluminados, y no piensen en las obras de las tinieblas, sino en las obras de la luz. De hecho, quien piensa en el pecado trata de encerrarse en sí mismo.

¡Llama a tu siervo y hazlo salir, aunque esté amarrado por los lazos de mis pecados, y tenga pies encadenados y manos atadas, y casi esté enterrado entre pensamientos y obras de muerte!

¡Si me llamas estaré libre y seré uno de los invitados a tu banquete!

Si cuidarás a quien te has dignado redimir, Tu casa se llenará de preciosos perfumes.

[S. Ambrosio de Milán]

4. CONTEMPLATIO - contemplar la Palabra/el silencio

- En el silencio... dirijamos nuestra mirada interior hacia Aquel que habló en el Hijo amado y dejémonos llevar por la gratitud de haber sido visitadas allí, en las profundidades, en el infierno de nuestra humanidad, quizás, a veces herida, golpeada y humillada...

5. COLLATIO – compartir la Palabra

- Para que la Palabra tome carne de nuestra vida, compartámosla con las Hermanas...